

Marcelino Bisbal

La Universidad imposible

"La crisis se manifiesta también al interior de las universidades y demás instituciones de educación superior, en el tejido interno de estas organizaciones. Allí se muestra menos, pero es tal vez más corrosiva, pues afecta al núcleo vital de estos organismos.

En muchos de ellos la calidad de la vida intelectual que desarrollan se ha venido al suelo o no ha logrado despegar nunca.

Los académicos producen escasamente o lo hacen de maneras poco relevantes para la sociedad; los cursos que se imparten son obsoletos y aburridos; la vida en la Facultad es muchas veces sólo un remedo del trabajo que se supone debe realizar un equipo intelectual. En breve, hay numerosas instituciones de educación superior donde la crisis es, primero que todo, una crisis de autoridad intelectual de la propia institución universitaria"

(José Joaquín Brunner, 1990)

ENTRE LA ORTODOXIA Y EL REALISMO

Definitivamente las cosas han cambiado y están cambiando. Siguen cambiando. Ver los cambios con "pesimismo" y aferrarse al pasado hoy no tiene mucho sentido. Existe el peligro, desde esa perspectiva, de la inmovilización y de vivir del pasado, cosa que no es mala desde un punto de vista romántico, pero no tiene mucha gracia y no da frutos concretos. Al menos en sentido público y colectivo, quizás individualmente sí, pero esa óptica no nos interesa. La otra postura, si se quiere "alternativa", es ver las cosas con "excesivo realismo". Alguien podría decir que tampoco es válida esa visión, porque también nos inmovilizaría.

¿Y entonces, qué hacer? Creemos que lo mejor es no aferrarse, no anclarse, en el pasado esperando lo que no fue y no pudo ser y ver las realidades que están sucediendo y tratar de interpretarlas a la luz de las acciones de los hombres y sus propuestas, por pequeñas que ellas sean, para ir viendo cómo avanzamos hacia una vida y una sociedad más humana y más justa.

Así ha pasado con la universidad y sus realidades. Aquella universidad del período de oro o de las "vacas gordas", en donde la renta petrolera allanaba todos los escollos ha sido superada por la propia realidad. El problema que surge ahora es que a nosotros los universitarios, aun a

pesar de haber ido a formarnos con lo mejor de la "intelectualidad" mundial, nos ha encontrado con las manos vacías y sin saber qué hacer, simplemente sin propuestas reales para salir del aprieto en el que se hallan las mismas universidades y el propio país. Pareciera que mientras el país, el gobierno-que no el Estado- y las clases dirigentes agrupadas en los partidos políticos no han tenido y no tuvieron propuestas de salida, las universidades siguieron produciendo ideas pero tan separadas o distanciadas de la realidad que sus efectos no se vieron y no se ven. Porque, cómo entonces entender la ruta que ha seguido el país, sus instituciones, la manera de conducir al gobierno dentro del Estado, a los propios partidos políticos, si los que han llevado el volante por esa misma ruta hasta llegar a donde estamos han sido esos dirigentes, profesionales, empresarios e intelectuales formados en las universidades y demás centros de educación superior. Quizás la explicación tengamos que buscarla, no sólo en aquellas tesis (que hoy suenan ortodoxas) que hablan de la "racionalidad dependentista" de nuestros países de la periferia hacia países del centro, valga decir el siempre nombrado Estados Unidos de Norteamérica; o también en aquellas otras posturas que tratan el asunto de la "racionalidad ideologista" en donde ven la ideologización del entorno estructural por todas partes. Pero vuelve la pregunta con más urgencia que antes: ¿y qué hicieron las universida-

3

des y sus intelectuales para cambiar las cosas, cuando durante mucho tiempo su función académica fue más política-ideológica que económica? ¿De dónde surgieron las producciones ideológicas más importantes de la época, sino de los centros universitarios?

Y qué tal la tesis de "mirarnos hacia adentro". ¿Qué somos? ¿Qué hemos producido? ¿Qué proponemos? ¿Qué tipo de cultura recreamos? ¿Cómo funcionamos al interior? ¿Cómo es nuestro papel mediador dentro de la sociedad? ¿Cuál es nuestra relación con lo "popular" y los demás estamentos de la sociedad?... Preguntas que hoy son pertinentes hacernos, tratar de responderlas más allá de la argumentación de que el problema de nuestras universidades es del FMI y del Banco Mundial y de otros agentes o actores que son reales pero que no dan cuenta, ellos solos, de lo que realmente está pasando. Claro está que la idea de la "racionalidad dependentista" y su consecuente transferencia de tecnología y del saber algo tienen que ver; también creemos que la presencia de la ideología de "sentido contrario" (¿y cuál será ahora la del otro signo?) tienen su influencia; y por supuesto que las políticas de aparente "estabilización económica" según los lineamientos del FMI y del Banco Mundial, con sus consecuencias sociales, también son una pieza del ajedrez. ¿Pero solamente son válidas esas explicaciones para interpretar lo que estamos viendo y conociendo desde dentro de la propia universidad?

Creemos que la antigua retórica fundamentada en "el ojo ajeno" para tratar de explicar las realidades de nuestra propia casa, como que ya no se sustenta sobre bases firmes, simplemente es una forma más que asume el populismo pero esta vez de tipo académico. ¿Es que acaso Ustedes creían que el populismo era privilegio exclusivo de los políticos que solamente hacen política?

Hay que ver y tratar de entender los cambios que se han operado al interior de la universidad. Creo que hace falta un exceso de realismo para ver lo que pasa hacia nuestro interior, es decir de puertas hacia adentro.

CONFLICTOS Y REALIDADES NO RESUELTAS

Decir que la universidad venezolana ha crecido desmesuradamente es no decir nada espectacular. Pero hay que decirlo una vez más. También ha crecido en toda la América Latina, no sabemos si es porque los respectivos gobiernos le han dado una gran prioridad a esa forma de enseñanza superior, o porque se dió así por

inercia.

Las cifras indican para 1975 que en países como Argentina, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Chile y Ecuador se había alcanzado una tasa de escolaridad universitaria de más del 16 por ciento para la población de 20 a 24 años. Entre 1950 y 1975 la escolaridad fue explosiva: 3.000 por ciento en Venezuela y Nicaragua, y el 2.000 por ciento en Ecuador, Costa Rica, El Salvador, Brasil y República Dominicana. En la región, para 1989 teníamos unos seis millones de habitantes cursando estudios de educación superior. De esa cifra el 34.2 por ciento era matrícula privada y el resto (65.8 por ciento) matrícula oficial/pública. La masificación ha sido considerable: hemos pasado, de 500.000 matriculados en 1960, a 1.400.000 en 1970, hasta hoy día que contamos con casi siete millones de estudiantes ahora cursando estudios superiores, cuando hace 30 años era apenas el 2 por ciento. Solamente en nuestro país había para 1950 7.350 estudiantes en educación superior; para el año pasado teníamos medio millón.

Es la masificación de la enseñanza superior conducida toda ella hacia la universidad. ¡Propuestas y meta de los gobiernos populistas de la historia latinoamericana! No se han establecido vías alternas de estudio y profesionalización. Las pocas que había desaparecieron, o fueron descuidadas por considerarlas quizás de bajo status social.

Pero esa masificación, que en nuestro contexto prevalece, no ha alcanzado los estratos más pobres y populares de la sociedad. Ha reforzado a la clase media urbana y también a la clase alta. Aquella concepción de la "universidad popular" nunca fue una realidad, y si lo fue sólo se alcanzó en carreras profesionales de escaso nivel de ascensión social. Hoy día esa idea solamente se sostiene en el papel de la retórica discursiva en los momentos electorales de los dirigentes políticos o de los mismos dirigentes universitarios también en campaña electoral.

La universidad latinoamericana, de carácter oficial, depende casi totalmente del presupuesto estatal. Y ese Estado cada día más impone agudas restricciones presupuestarias. Cada comienzo de año es la discusión pública sobre esas restricciones y la falta de "palabra" del ministro de educación respectivo. En nuestro contexto particular, se fija la fecha de 1982 como el momento crítico de los presupuestos universitarios.

Creemos que se ha establecido una relación "paternalista" de parte del Estado hacia nuestras universidades. Las universidades piden, y cada vez más, porque todo aumenta, y el Estado otorga. Pero la

crisis fiscal nos alcanzó también a nosotros y las universidades siguen pidiendo más y el Estado cada vez más también tiene que incumplir porque no hay. Esa fue la única relación que se cultivó entre el Estado y la universidad: la de patronazgo.

¿Debe el Estado seguir financiando a la universidad? Creemos que sí, pero no de forma exclusiva. La universidad no puede seguir dependiendo del estado solamente, debe ser autónoma de él. Deben darse nuevas realidades de relación entre el Estado y la universidad. La universidad debe acercarse al sector productivo del país y ofrecerle sus conocimientos, pero con producciones realistas acordes con los nuevos tiempos, es decir, con la realidad.

Pero la universidad también se ha vuelto populista, al estilo de nuestros gobiernos y partidos políticos. Ha preconizado, sin quererlo, la masificación, la falta de controles y evaluaciones, la ausencia de relaciones reales entre sus miembros, el incumplimiento de los reglamentos, el ausentismo, la falta de creatividad... Así, hoy día la universidad resulta ingobernable. Cada sector que convive allí dentro es abanderado de sus derechos, pero nunca de sus deberes. La proliferación de gremios, que por esencia son necesarios, han complicado y vuelto oscuro el panorama. No hay una relación transparente, de responsabilidad institucional, entre la universidad y su comunidad agrupada toda ella en distintos grupos gremiales. Algo así como lo que pasa entre la relación del Estado como agente financiador y la misma universidad. Si el Estado, también populista, no exige mucho a cambio, no ha establecido controles ni evaluaciones de lo que hacen las universidades, de su producción, de su rendimiento, del manejo de los dineros y de las cuentas; la universidad hace otro tanto en su relación con los que allí conviven. Alguien llegó a decir, y creemos que no le faltaba razón, que no será el Estado y las "fuerzas externas" las que hagan perecer a nuestras universidades, sino que serán los gremios cargados de vicios, falsas solidaridades y prebendas que no se las han ganado con acciones emprendedoras y creativas, sino todo lo contrario: con acciones reaccionarias, retóricas, populistas y alejadas de las situaciones concretas que nos están tocando vivir.

Así como la desmoralización llegó y llega a muchos militantes de ideas políticas no resueltas en la acción concreta, o resueltas pero que no pensaban que la cosa fuera como se ha venido descubriendo; también esa desmoralización ha traspasado desde hace mucho tiempo al docente universitario que está realmente subpagado para el papel que a él le co-

rresponde dentro de la sociedad. Mientras los sectores productivos del país y también algunas empresas del Estado se mueven dentro de un nivel de rentabilidad hacia el profesional apreciable y a veces más que eso, la enseñanza es cada día más depauperada. El docente no tiene incentivos económicos por su tarea, por su labor investigativa, por su vocación de enseñanza. Cada vez que reclama lo que cree se merece por su trabajo, se le ofrece a cambio el mensaje acerca de su "papel trascendental, universal y de apostolado" que tiene su profesión. Y el docente, que ya se ha vuelto (valga decir realista) dice que "con éso no va al mercado, no tiene vivienda propia, no compra los libros que requiere, no puede ir de vacaciones, no tiene entretenimiento y mucho menos vida social". Finalmente, el docente emigra hacia otros sectores y la universidad se va pareciendo cada vez más a un desierto con algunas palmeras aisladas y escuálidas y los pocos que se quedan es por miedo al enfrentamiento con ese mundo exterior, por incapacidad o por inexplicable idealismo en una realidad nada idealista.

Si las instituciones o los poderes más importantes del país como el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial (es decir, el gobierno que no el Estado), los partidos políticos, las Fuerzas Armadas, los sindicatos y vaya Usted a saber están desprestigiadas ante la opinión pública, si no tiene ya a estas alturas credibilidad alguna por ineficacia en sus funciones, por su baja calidad en lo que hacen, por los niveles crecientes de corrupción; qué podremos decir de la universidad oficial. Porque los mismos vicios que le achacamos al gobierno los encontramos en los "centros del saber": excesiva partidización en todos los procesos, la baja calidad de la enseñanza y la corrupción están presentes allí también.

Esta es una aleatoria enumeración de conflictos y realidades no resueltas que tornan a la universidad venezolana como una **Universidad Imposible**. Todas esas realidades se cruzan e inciden sobre las otras. Resolver solamente una, es como el que pisa la esquina de un cuero viejo porque se levanta inmediatamente y cuando logramos asentarla con el pie, se levanta entonces la otra esquina. Así estamos frente a las universidades.

CAMBIAR DE FUTURO

Yo creo a estas alturas que más o menos estamos claros, al menos en el nivel de los papeles y de los discursos, en cuál debe ser el papel de la universidad dentro de la sociedad, de lo que la universidad puede y debe hacer. Allí están

las discusiones de los rectores, de los vicerrectores, de los decanos, de los diferentes Consejos y los papeles de los expertos en esta materia. Sin embargo, no hemos sido capaces de traspasar las barreras, los límites que nos imponen las situaciones y las circunstancias.

¿Qué está pasando? Todos sabemos, casi hasta el cansancio, que la función de la universidad, tal como reza en nuestra Ley de Universidades y que es más o menos la misma idea en otros contextos, puede definirse "como una comunidad de intereses espirituales que reúne a profesores y estudiantes en la tarea de buscar la verdad y afianzar los valores trascendentales del hombre". Y siguiendo con las disposiciones doctrinarias se indica que ella "debe colaborar en la orientación de la vida del país... en el esclarecimiento de los problemas nacionales". Es decir, que ellas deben "realizar una función rectora en la educación, la cultura y la ciencia".

Habría que preguntarse si en la realidad de las aulas, de las investigaciones y de la extensión éso es realmente así. Si no habrá un trecho en estos momentos entre lo planteado como fin principista y ético y la cotidianidad de las propias universidades. También tendríamos que preguntarnos, y eso es producto para una discusión más larga y que escapa a este espacio, si esas funciones que se le asignaron a la universidad latinoamericana heredera de la revuelta estudiantil de Córdoba en la Argentina de 1918 hoy día no han sido superadas por la misma práctica. Aquellas realidades políticas de principios de siglo dieron lugar a convergencias políticas, ideológicas y finalmente doctrinarias que tenían su asiento en los recintos universitarios y desde ahí el salto hacia el logro del cambio social. ¿Pero hoy eso es así? Pensamos que no. Nuestras sociedades, con naciones abiertas hacia la democratización política, con una organización política más estable, y con un sentido de la democracia más reflexivo, pero con terribles problemas económicos y tecnológicos y el peso de una deuda externa producto de una mala administración de los recursos, siguen requiriendo del cambio pero desde perspectivas distintas. Ya no es posible seguir "condenando" a quienes piensan distinto a nosotros. Porque la universidad, desde siempre, ha exigido y exige universalidad y pluralidad del pensamiento.

A las humanidades y a las ciencias sociales les corresponderá interpretar los momentos presentes, pero no con recetarios mal aprendidos y mal impartidos, sino todo lo contrario. Partiendo desde la propia realidad por contrastante que ella sea. Nada de moldes importados y de moda. A los científicos, del área que ellos

sean, les tocará centrar su atención en aquellos aspectos que son de su competencia para interpretarlos y ponerlos adecuadamente al servicio, lugar y circunstancias requeridas. No puede seguir siendo su saber un claustro, sino una ventana abierta.

Quien fuera Decano de la Facultad de Humanidades y Educación de la UCV en el período 1987-1990, el profesor Elías Plno Iturrieta, decía ante los "sucesos del 27 de febrero" que era necesario "romper con el apartheid de los intelectuales que nos viste ante el común". ¿Y por qué? Porque a la universidad le cabe mucha responsabilidad en el trastocamiento: "Ha basado en buena medida la actividad docente, la investigación y la extensión, en un parapeto de manuales que establecen a priori cómo es un estado nacional, por ejemplo, lo que son las clases sociales de la contemporaneidad a diferencia de las antiguas, las características de un partido político, la tipología de la conducta individual y colectiva en varios trances, los motivos que determinan la duración de los sistemas civiles y la hora de las revoluciones. Todo en sentido universal y genérico. La dependencia del recetario nos conduce, entonces, a uniformar los eventos y a fabricar etiquetas que encubren unos lunares cuya traza ya advierten ojos menos doctos que los nuestros".

Los valores del futuro siguen siendo los mismos, al menos para nosotros y aún a pesar de los cambios. La justicia, la honestidad, la verdad, la solidaridad con los otros, la paz... continúan teniendo validez. Pero hay que concluir señalando que la validez de esos valores adquiere hoy día otras facetas más sutiles y menos maniqueas que en épocas ya superadas y otras vías para alcanzarlos y otro futuro por borroso que nos parezca. Y esos deben ser los valores que propugne la universidad.

¿Y PARA CONCLUIR?

Al interior de nuestras universidades se siente un malestar. Es posible que sea el mismo malestar que sienta la gente de la calle, porque las cosas no están bien y porque nada funciona como debe ser. Mientras tanto ciertos sectores de la misma universidad y del país cada cierto tiempo se preparan para la contienda electoral. Ahora estamos en la universidad frente a ese proceso.

Y no pasa nada. Son los partidos políticos los que se transforman en voceros y traductores de la mayoría, del resto, es decir de un sector de la sociedad civil. Y resulta que la universidad ha sido gover-

nada y manejada, casi siempre, por esos voceros que no representan a ese resto. No se establecen relaciones de ningún tipo, al menos más allá de las establecidas entre la promesa y el acto de votación. Y no hay muchas diferencias entre unos y otros. Los tiempos y sus realidades los han superado, aunque adquieran la terminología del momento: gerenciar la universidad, informatizarla, calidad total en la excelencia académica, desburocratizarla, una universidad de servicio público, democratizar la participación y la toma de decisiones, etc. En fin, retórica del momento presente.

¿Y el resto que no milita en los partidos, que está al margen de ellos, que ve día a día lo que está pasando? Simplemente se conforma o siente el malestar, pero muere callado. Y así continuamos.

Terribles dicotomías las que viven nuestras universidades. Mucho más terrible y triste que el propio país, porque la universidad desde su fundación y nacimiento se siente heredera del saber, de la luz, de la que "vence las sombras" y las sombras que la envuelven son cada día mayores. Sombras externas e internas. Pero estas últimas son las que hay que vencer con mayor fuerza y precisión, para poderle salir al paso a las otras.

Pero no todo puede estar perdido, cada universidad tiene que detectar aquellos problemas que la rodean y discutirlos dentro y fuera del cubículo, del aula, del cafetín, con o sin los partidos, con el resto de la sociedad civil (incluyendo al sector productivo del país), con el barrio, con la urbanización y con la propia universidad. Porque de lo contrario la Universidad seguirá siendo imposible.

